

**AGENDA CIUDADANA  
ENTRE LAS PATAS DE LOS CABALLOS  
Lorenzo Meyer**

**Una Arena Peligrosa.- Ya falta poco para que llegue a su fin el período en que México debe permanecer entre las patas de los caballos de una superpotencia y de varias potencias menores, tratando de salir lo mejor librado que pueda de una lucha en la que él se metió por voluntad propia a pesar de no tener caballo y ni siquiera una idea realista de lo que estaba en juego y como estaba el juego. Se trata de una arena en donde México se encuentra participando temporalmente y donde la iniciativa la llevan una minoría de miembros permanentes experimentados, bien armados y mejor montados, que con notable frecuencia se baten entre sí a golpes de mandoble. En ese escenario, México se encuentra a pie, apenas protegido por con un endeble escudo de “legalidad”, y simplemente tratando de mantener la compostura.**

Desde luego y como ya imaginó el lector, el párrafo anterior se refiere a la participación de México en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, participación donde se vio obligado a tener que elegir entre chocar de frente con la mayor potencia del mundo, hacerse a un lado de manera poco digna o subordinarse al más fuerte.

**Una Regla de Oro en la Época Clásica.- Hasta no hace mucho, la clase política mexicana se regía en sus relaciones con Estados Unidos por lo que alguien llamó la “regla Ojeda” en honor de quien la formuló, Mario Ojeda, y que consistía en lo siguiente: “Estados Unidos reconoce y acepta la necesidad de México de disentir de su política en lo que le resulta fundamental a México, aunque sea importante para Estados Unidos, más no fundamental. A cambio, México brinda su cooperación en todo aquello que siendo fundamental o aún importante para Estados Unidos, no lo sea para el país” (Alcances y límites de la política exterior de México, 1976, p.93). En la época en que esta regla empezó a funcionar –después de la II Guerra Mundial–, los asuntos**

fundamentales norteamericanos tuvieron siempre que ver, directa o indirectamente, con su pugna global con la Unión Soviética.

Hay un buen número de ejemplos de cómo funcionó la relación anterior y en la que se basó la independencia relativa mexicana de la época. Y los casos van desde el mantenimiento de relaciones diplomáticas con la Cuba de Castro a pesar de que en los años sesenta del siglo pasado el grueso de los países latinoamericanos aceptaron las indicaciones de Washington para cortarlos, hasta los numerosos votos mexicanos en el seno de la Asamblea General de la ONU o en sus organismos especializados y que no coincidieron con los norteamericanos.

Sin embargo, los límites de esa independencia siempre quedaron claros en momentos críticos de la lucha de Washington contra sus adversarios globales. Fue así México no tuvo más opción que apoyar la posición de Washington en el caso de la mal llamada “resolución pro paz” que llevó a que la ONU avalara la lucha norteamericana en Corea en 1950 o cuando se desató la “crisis de los misiles” en torno a la presencia de cohetes soviéticos en Cuba en 1962. Cuando se dio el caso de un asunto que resultó ser “fundamental” tanto para México como para Estados Unidos, entonces se hizo evidente el corolario de la regla anterior y no enunciado por Ojeda pero obvio: México tuvo que ceder, como ocurrió, por ejemplo, cuando el gobierno de José López Portillo pretendió diseñar una política propia e independiente en Centroamérica pero su sucesor, Miguel de la Madrid, debió abandonar tal pretensión porque Washington decidió centrar en esa zona su disputa con Moscú, y el gobierno mexicano buscó primero la salida airosa para luego ser testigo impotente de cómo Estados Unidos hacía pedazos el principio de no intervención al armar y financiar a los “contras” nicaragüenses hasta acabar con el régimen revolucionario de Nicaragua.

La razón por la cual México pudo mantener su “independencia relativa” durante la Guerra Fría fue porque finalmente esa política también sirvió al interés de largo plazo de Estados Unidos. En efecto, después de la II Guerra Mundial lo que más interesó al gobierno norteamericano en su relación con México no fue controlar económica o políticamente a su vecino del sur, sino preservar al otro lado de su frontera a un sistema político estable y básicamente anticomunista, incluso si se trataba de un anticomunismo más bien discreto y de un régimen no democrático. Y como para sostener la legitimidad y estabilidad del autoritarismo mexicano era necesario permitirle refrendar de tarde en tarde el viejo nacionalismo revolucionario y su no subordinación a Washington, entonces el que México no siguiera fielmente la línea norteamericana en la ONU o la OEA, por ejemplo, resultó para la Casa Blanca un precio que bien valía pagar.

La Nueva Época.- Con el fin de la Guerra Fría, la cada vez más endeble estabilidad autoritaria del PRI en México ya no le resultó tan funcional, redituable e importante a Estados Unidos. Por eso, y entre otras cosas, en el 2000 Washington ya no hizo nada para evitar que la larga época del priísmo tocara a su fin. Por otro lado, a partir de la crisis económica del modelo económico mexicano en 1982, la dependencia de México en relación con Estados Unidos, se acentuó. El Tratado de Libre Comercio de la América del Norte de 1993 llevó a que el 90% del intercambio comercial mexicano se concentrara en Estados Unidos y que el valor de ese intercambio en ambos sentidos llegara a 250 mil millones de dólares, a que el 10% de la fuerza laboral mexicana se encuentre hoy en Estados Unidos y que las remesas a las familiares de los que se fueron superen ya los 10 mil millones de dólares anuales, etcétera.

Es en las circunstancias actuales de mayor dependencia frente a Estados Unidos que se dio el ingreso de nuestro país a un Consejo de Seguridad de la ONU donde el

antiguo balance o equilibrio entre Washington y Moscú ya se había perdido y dado paso a un desequilibrio donde Estados Unidos actúa como una potencia sin contrapesos. Además, el ingreso temporal de México a ese pequeño círculo donde tienen lugar algunas de las grandes discusiones en el máximo foro mundial, se dio sin que la clase política mexicana hubiese logrado dar forma a un nuevo consenso en torno a las grandes líneas que deberán guiar la relación de nuestro país con un vecino del que dependemos económicamente como nunca antes en nuestra historia y donde ese vecino se ha transformado en la única superpotencia mundial.

Los cambios internos y externos y la falta de un gran acuerdo político en México sobre qué es lo que deberá sustituir al nacionalismo revolucionario del viejo régimen priísta y como lo sustituirá, llevó a que el gobierno del presidente Fox y su oposición, no supieran como aplicar la “regla Ojeda” ese 11 de septiembre del 2001 en que Al Qaeda atacó objetivos muy conspicuos en Nueva York y en la capital norteamericana –un Pearl Harbor del siglo XXI-- y con eso marcó el inicio de lo que, para Estados Unidos, ya es el sustituto de la Guerra Fría: la guerra global contra el terrorismo.

El nuevo asunto fundamental para Washington se proceso en México mal, entre otras cosas porque no se captó de inmediato su verdadera importancia y se le trató como si hubiera sido un diferendo con Estados Unidos en el seno de la OEA en los años sesenta del siglo pasado, es decir, un tema importante pero no fundamental para Estados Unidos. Y ya metido en esa dinámica, muy pronto el gobierno mexicano volvió a chocar con el norteamericano justamente por encontrarse en el Consejo de Seguridad al inicio del 2003, cuando Estados Unidos inauguró formalmente su concepto de “guerra preventiva”. Como se recordará, antes de atacar a Irak, Washington pidió –en realidad exigió– a la ONU a través del Consejo de Seguridad, legitimar su invasión del país islámico. México se resistió a la presión, pero obviamente para entonces el anuncio

hecho en la Casa Blanca del 5 de septiembre del 2001 en el sentido que no había relación externa más importante para Estados Unidos que la que tenía con México, hacía buen tiempo que había dejado de tener cualquier sentido.

El Último Episodio.- Para infortunio de la presidencia mexicana, en septiembre y octubre de este año Estados Unidos, cuya ocupación de Irak se ha complicado mucho más allá de lo esperado por quienes la planearon, volvió a poner el tema de la legitimidad de su doctrina de “guerra preventiva” sobre la mesa de la discusión en el Consejo de Seguridad. Washington pidió entonces una resolución que legitimara su presencia en Irak como paso previo a solicitar a la comunidad internacional apoyo en tropas y recursos para estabilizar al país islámico ocupado por un ejército cristiano. Francia, Alemania y el propio Secretario General de la ONU, Kofi Annan, señalaron que la posición americana –apoyada por Gran Bretaña y Camerún— no era aceptable porque a cambio de obtener el respaldo de la organización mundial, Estados Unidos no dejaba en claro que tan pronto devolvería la soberanía a los iraquíes, ni en que posición de autoridad quedaba Naciones Unidas vis á vis la gran fuerza de ocupación norteamericana.

Para cuando tuvo lugar lo anterior, las autoridades mexicanas ya habían cobrado plena conciencia de lo fundamental que era el asunto de Irak para Estados Unidos, entre otras cosas porque el Secretario de Estado norteamericano presionó abiertamente a todos y cada uno de los miembros del Consejo de Seguridad para obtener un voto favorable a su demanda. Francia y Alemania se resistieron y México pareció querer cubrirse con la sombra de esas dos potencias, una sombra muy tenue ya que la instrucción del presidente norteamericano era conseguir la unanimidad del Consejo de Seguridad a favor de la resolución que había presentado, la 1511. A punto de llevarse a cabo la votación, China le hizo saber a Rusia que si aceptaba la resolución

norteamericana a pesar de lo vago de sus términos respecto al fin de la ocupación y a pesar de que la autoridad suprema se mantendría en manos de Estados Unidos, los chinos también lo harían. Fue entonces, a unas horas del momento del voto, cuando la decisión del eje Moscú-Pekín no dejó más alternativa al eje París-Berlín que aceptar la propuesta norteamericana o ahondar más sus diferencias con Washington (véanse los datos y el análisis del proceso de Gianni Riotta en Corriere della Sera, 17 de octubre). Así, gracias a la mediación ruso-china, Washington consiguió que las potencias europeas y Siria aceptaran que la bandera de la ONU legitimara la presencia norteamericana en Irak. A México, desde luego, no le quedó otra salida que votar a favor de la 1511 a pesar de iba en contra de sus tradicionales en la ONU de política exterior.

La Lección.- Finalmente, el papel de México en ésta, su tercera estadía en el Consejo de Seguridad de la ONU, no fue particularmente relevante para los procesos que están dando forma al nuevo sistema mundial. Y a cambio del dudoso honor de codearse con los grandes del sistema mundial, México terminó por avalar lo que muy pocos en nuestro país consideran deseable: la doctrina de la guerra preventiva elaborada por la única superpotencia. La idea de ofrecer ayuda técnica de México para llevar a cabo las elecciones que en algún futuro indeterminado tendrá Irak, resultó francamente un gesto absurdo. El silencio hubiera sido una mejor opción.

La Tarea.- Ahora que, como país, estamos a punto de retirarnos del Consejo de Seguridad, deberíamos aprovechar lo aprendido para darnos a la tarea de examinar el modelo de relaciones que el antiguo régimen tuvo con Estados Unidos para luego proponer las modificaciones que demandan nuestro nuevo pluralismo democrático, la relación de integración económica dependiente y sin precedentes con nuestro gran vecino del norte y un sistema internacional unipolar y donde han disminuido los espacios que la vieja bipolaridad nos permitió en el pasado. En cualquier caso, la meta

**debería ser la de siempre, la que buscamos desde el origen de nuestra nación, la independencia o, para ser realistas, maximizar las posibilidades de independencia relativa que existen en la nueva época.**